

bre a un niño, para celebrar la pubertad de una chica o perforarle las orejas, para conmemorar a los muertos, todo necesitaba para su validación y aceptación un tipo especial de celebración para la cual cada pueblo tenía su propio nombre, pero que usualmente se llama potlatch (derivación de la palabra *nootka* que significa dar). El clan del jefe lo ayudaba a preparar y dirigir el potlatch, y los invitados eran de otros clanes, a menudo de otras aldeas. A lo largo de cuatro o más días de potlatch se servían comidas muy elaboradas; los anfitriones ejecutaban sus danzas personales para cada quien; habían entretenimientos tales como funciones de payasos y concursos de prestidigitación entre hechiceros rivales. A su debido tiempo, el jefe anunciaba por medio de su vocero los privilegios para cuya validación estaba dedicada la fiesta. A través de su presencia, los invitados servían como testigos y en pago a su testificación, el jefe distribuía regalos valiosos entre ellos.

Todos los pueblos del cedro practicaban el potlatch, y la institución era de crucial importancia para una sociedad que tenía poca estructura política, ya que proporcionaba los medios a través de los cuales podía establecerse la jerarquía de rango, tan importante para los pueblos de la costa. En un potlatch, el cargo se demostraba de varias maneras. La colocación de los invitados, el orden en el cual recibían los regalos y el tamaño de éstos en relación a los demás. Esto era visto como señales de nivel social, y por esta razón, un individuo colocado en el lugar incorrecto u obscurado con un regalo menor al dado a un jefe de más bajo rango, se consideraba como un desaire; si el error no era rectificado rápidamente, podía convertirse en un insulto y conducir a una afrenta de sangre entre la casa del invitado y la del anfitrión. Pero si el rango del invitado era demostrado por medio de su colocación en un potlatch y en el orden en que recibía sus regalos, también el rango del anfitrión resultaba afectado por medio de los regalos que daba. Mientras un invitado recibiese regalos en el orden correcto, su honor quedaba sin involucrarse, pero el honor y rango del anfitrión se perjudicaba si daba menos de lo que había recibido en los potlatches de sus invitados.

La necesidad de probar siempre la superioridad de rango de un anfitrión, incluso encima del invitado de más rango, conducía a la rivalidad en los potlatches, razón por la cual el mero dar no era suficiente. En sustitución, los jefes competían con la destrucción de la propiedad; se mataban esclavos y se incendiaban canoas, utilizando como combustible el aceite de eulachón. En el clímax de tales potlatches, los jefes sacaban unos curiosos objetos de prestigio en forma de escudos llamados "cobres", según el metal de que estaban

hechos, y los quebraban como reto hacia sus rivales para que hicieran lo mismo. Los cobres que habían sido rotos y rehechos varias veces, adquirirían la fama y el valor de las competencias que representaban, y algunos de ellos eran tan valiosos como 16,000 mantas de la Bahía de Hudson. La demostración final e irrefutable del orgullo de rango era tirar un cobre valioso en el agua, a una profundidad tal, que nadie pudiera recuperarlo. El jefe que hacía esto, validaba todas sus vindicaciones de rango más allá del reto.

---

## Los Danzantes de Invierno

---

El rango, y los blasones que lo denotaban, jugaban el principal papel en las reuniones invernales de los pueblos del cedro en el norte; los haida, los tlingit y los tsimshian. Más al sur, la importancia cambiaba hacia las ceremonias relacionadas con la búsqueda del espíritu guardián. Esta búsqueda encontraba su forma más pura entre los salish, un pueblo menos preocupado del rango y menos adeptos que los otros pueblos del cedro a las artes formales. Al llegar a la adolescencia, el joven salish partía solo hacia las regiones salvajes, y allí, después de practicar varias austeridades, alcanzaba el estado alucinatorio en el cual se encontraba con un ser, un animal o un monstruo sobrenatural, y caía en trance. En el trance, y subsecuentemente en los sueños, el ser le visitaba y le hablaba. De este modo, el muchacho adquiría su vocación. Si veía una serpiente sobrenatural, debía convertirse en hechicero; si veía un lobo, debía ser cazador; si veía un pájaro carpintero, debía dedicarse a hacer canoas. Toda ocupación significativa tenía su ser patrón y sólo podía llevarse a cabo exitosamente con su ayuda. Pero muchos de los salish sólo recibían poderes para la danza, lo cual significaba que en las grandes reuniones que puntualizaban la estación invernal de los salish, podían encarnar a sus espíritus guardines ejecutando danzas y canciones apropiadas.

Más hacia el norte, entre los *nootka* y los *kwakiutl*, la búsqueda del espíritu se convirtió en una institución. Habían incluso aquellos que iban en búsquedas solitarias de mentores espirituales, pero eran generalmente hombres y mujeres que a su tiempo se convertirían en hechiceros y se dedicarían a curar enfermedades psicosomáticas con magia de sugestión y a hacer regresar las almas errantes de aquellos que habían perdido los sentidos. Tanto entre los *nootka* como entre los *kwakiutl*, la búsqueda de espíritu, para quienes no aspiraban a poderes de hechicería, estaba diri-